

LA AVARICIA EN SANTO TOMAS DE AQUINO Y OTROS AUTORES

Carlos José Mosso

Como bien sabemos la avaricia es uno de los siete pecados capitales, que son así llamados porque generan otros pecados y vicios, como lo explicitaron en su momento San Casiano y San Gregorio Magno (Catecismo canon 1866). Santo Tomás se ocupa de la avaricia en la cuestión 118 de la *segunda secundae* de la suma de teología y la define como el *deseo desmedido de poseer* (a. 1º) y es el vicio “*que se opone a la virtud de la liberalidad* (art. 3º)¹

Aunque admite grados de gravedad, venial o mortal, no cabe duda de que la avaricia es *tiniebla del alma*, como dijo Juan Crisóstomo, contundente descripción de lo que la avaricia produce en el avaro. Y es, ante todo, un pecado espiritual en cuanto no produce un placer carnal como la gula o la lujuria (C. 118 a. 6º) sino que afecta directamente al espíritu sin el filtro de los sentidos. En efecto, puesto que, como señala Alfredo Saenz, siguiendo al aquinate, “*son placeres carnales los que se consuman en un placer sensual, por ejemplo la gula o el goce sexual pecaminoso. Son espirituales los que se consuman en el conocimiento, trayendo un placer al alma, sin goce carnal alguno*”². Desde luego, como en todo vicio o pecado, ese “placer” sea sensual o sólo espiritual, es efímero y aleja al hombre de la verdadera felicidad, que es la que se obtiene con la práctica de la virtud. La moderación en el comer conserva la salud, la sexualidad ordenada al matrimonio acrecienta el afecto de los cónyuges y la liberalidad deja un torrente de serenidad en el alma, puesto que como dice San León “*allí donde Dios encuentra la liberalidad reconoce la imagen de su propia bondad*”³

Desde la más remota antigüedad, muchos son los pensadores que se han ocupado de este vicio capital, considerándolo dentro de los que más infelicidad produce en el hombre y acarrea consecuencias más nefastas. Ya en el Eclesiastés nos

¹ Suma Teológica, Club de lectores, Buenos Aires, 1949, t. XII, p. 386-389.

² Saenz,, Alfredo, Siete virtudes olvidadas, Gladius, 1998, Buenos Aires, p.297.

³ Saenz,, Alfredo, Siete virtudes... p.298.

advierte el Señor: *“el que ama el dinero no se sacia jamás”* y *al que ama la opulencia no le bastan sus ganancias”* (5-9) lo que muestra que el avaro nunca tiene reposo y vive en continua zozobra. *“Hay un mal penoso que yo he visto bajo el sol, es la riqueza guardada por su dueño, para su propia desgracia”* dice también el Eclesiastés (5, 12) Para Aristóteles la avaricia era un vicio tan grave que lo consideraba un *“mal incurable”* (Ética 1,4, c. 1) Para el apóstol San Pablo la avaricia también es tan grave que la considera *“raíz de todos los males y al dejarse llevar por ella, algunos perdieron la fe y se ocasionaron innumerables sufrimientos”* (Timoteo 1, 6-10). La insensibilidad del avaro la pone de manifiesto Cicerón cuando afirma que *“nada empequeñece tanto al corazón como amar al dinero”* (De offic. 1. I)

El ibérico-romano Séneca se refiere al avaro a *contrario sensu* cuando refiere que el que da a regañadientes o dudando no muestra en rigor generosidad, sino su propia mezquindad y esta es una de las formas de la avaricia. Así lo expresa, entre otras afirmaciones: *“En materia de generosidad, la duda es casi rechazo y no merece gratitud alguna. Puesto que la buena voluntad de quien da es la parte más placentera del acto de dar y que la duda pone de manifiesto su falta de voluntad, podemos concluir que el que duda y dilata la entrega de un regalo o la realización de un favor o buena acción no está en realidad siendo generoso ni dando nada sino simplemente ganando una batalla, puesto que muchos dan porque les falta el valor para negarse”* ⁴. Desde luego se refiere Séneca al que duda en dar algo que el receptor realmente necesita.

La insaciabilidad del avaro también la explicita Séneca refiriéndose a la avaricia del poder, esto es, el afán de acumular más y más poder en beneficio propio y no del bien común. Así nos dice: *“Hay quien no agradece que le hagan tribuno porque está demasiado ocupado quejándose de que no le han hecho pretor y a su vez, eso tampoco será suficiente, porque no habrá conseguido ser cónsul. Y ni siquiera el consulado será suficiente si hay un solo cargo más por encima. La codicia no conoce límites ni felicidad, porque sólo ve dónde quiere llegar, no de dónde ha salido”*⁵

⁴ “Séneca, Del arte de dar y recibir”- Koan, Buenos Aires, 2023, p. 20.

⁵ Séneca, Del arte...p. 44.

Tan perniciosa es la avaricia que el mismo Dante en su magistral comedia la cita más que a cualquier otro pecado, colocando a los avaros, algunos en el infierno, otros en el purgatorio. Moliere, por su lado, en la pintoresca dramatización de su avaro Harpagón, pone en evidencia la dureza del corazón de quien muestra más preocupación por encontrar el cofre donde guardaba su dinero y que le había sido robado que por la felicidad de su hija Elise, deseosa de casarse con quien amaba y no con el rico heredero que le había elegido el padre. Así nos enseña Moliere que el desarreglo afectivo es notorio en el avaro, puesto que, si bien no siempre escatima el afecto a sus seres queridos, no puede evitar el conflicto entre el amor al dinero y el amor a sus hijos y si obra con avaricia el amor al dinero se sobrepondrá al amor por los hijos, con sus nefastas consecuencias. Hemos visto esto en gobernantes y empresarios inescrupulosos que comprometen a sus hijos en negocios turbios y no muestran arrepentimiento ni modifican sus malos hábitos ni siquiera cuando ello arrastra a los hijos a la cárcel o estos enfrentan serios problemas de salud como consecuencia de la conducta de padres avaros que han elegido al dinero antes que la felicidad de los hijos.

Enseña Santo Tomás que la avaricia, como señalamos anteriormente, tiene diversos grados. Puede darse un amor desordenado al dinero que no llegue a preferirlo al amor de Dios, en cuyo caso tal avaricia es sólo pecado venial. Pero también puede suceder que el afecto al dinero llegue a anteponerse al mismo Dios. Así nos dice el doctor angélico: *“El ansia de dinero oscurece realmente el alma cuando extingue la luz de la caridad y antepone el amor del dinero al amor de Dios”* (C. 118, 4- 3) No menos significativo es el hecho de que la avaricia pudo haber sido el motor de la traición de Judas, respecto de quien Jesús manifestó que *“más la valiera no haber nacido”* tal vez la expresión más dura del Evangelio. Y lo manifiesta Santo Tomás cuando refiere que de la avaricia *“deriva también la traición, como se ve en Judas, que por avaricia entregó a Cristo”*. (C. 118-8-5)

De ahí que, como dice Alfredo Saenz *“con tal de acrecentar sus bienes, el avaro está dispuesto a hacer lo que fuere necesario para ello, incluso a delinquir, como muestra la experiencia. Por ese motivo se considera a la avaricia pecado capital, no por su gravedad intrínseca, sino porque está en el origen de muchos*

[Escriba aquí]

*males, como por ejemplo la falta de misericordia con el prójimo, la voluntad despótica de dominio, el fraude, la injusticia, la insensibilidad frente a los bienes trascendentes, etc.”*⁶

Para este mismo autor *“el avaro ha petrificado su corazón. Cuando se trata de dar se muestra duro hasta llegar a ser despiadado. Si se trata de atesorar, vive en permanente inquietud, nunca se siente satisfecho. No trepida en usar la violencia y el engaño, es capaz de quebrantar sin escrúpulo la palabra dada, ni siquiera la traición lo detiene. Mezquino, tacaño y contencioso cuando hay que gastar, es amplio y abierto cuando se trata de acrecentar su haber”*.

Va de suyo que el avaro, en su permanente e insaciable afán de poseer y acumular más bienes materiales, ha perdido el horizonte del sentido de la vida y del real significado de lo que es la felicidad. Ha tomado como fin aquello que es medio o instrumento. Porque como dice Santo Tomás en suma contra gentiles: *“La felicidad del hombre no consiste en riquezas”*. Ello puesto que *“no apetecemos las riquezas sino en función de otra cosa, pues por sí mismas no nos proporcionan ningún bien, sino solamente las usamos o para sustento del cuerpo o para un fin semejante. Pero lo que es supremo ha de ser deseado por sí mismo y no por otra cosa. Luego las riquezas no son el bien sumo del hombre. Su posesión o conservación no pueden ser el bien sumo del hombre, ya que al desprendernos de ellas sacamos el mayor provecho. Porque las riquezas nos aprovechan más cuando se gastan, pues tal es su uso. Por lo tanto, su posesión no puede ser el mayor bien del hombre. Un acto de virtud es laudable en cuanto nos acerca a la felicidad. Por ello es laudable el acto de liberalidad y generosidad que se ejercitan desprendiéndose del dinero, más bien que conservándolo: por ello tales virtudes toman su nombre del desprendimiento. Por consiguiente, la felicidad del hombre no consiste en la posesión de riquezas”*.⁷

⁶ Sáenz, Alfredo, ob. cit. p. 302.

⁷ Suma c. gentiles, Libro 3- Cap. XXX, Porrúa, México, 1985, p. 331.

Queda claro entonces que el pecado no consiste en procurar o generar riquezas sino en aferrarse a ellas, omitiendo el bien que con ellas puede hacerse, ya sea procurarse el propio sustento y el de la familia como ayudar a la comunidad y a quien menos tiene y no cubre sus necesidades básicas. En ese sentido debe entenderse que por “sustento” nos referimos a lo que hace a la alimentación, la salud, la vivienda, la cultura y el esparcimiento. Es importante recalcar esto porque el avaro en su grado más grave llega a un punto tal que ni siquiera gasta en sí mismo, sólo le interesa acumular y se priva de los goces que podría obtener con su dinero. Vemos en ese sentido que el abanico de modalidades de la avaricia es de lo más variado, partiendo del grado de la tacañería. No todos los avaros se abstienen de gastar su dinero en esparcimientos, pero el disfrute que se permiten está siempre disminuido porque el avaro siempre piensa más en lo que gastó que en lo que pudo disfrutar con ese gasto. En una situación más extrema se encuentra el del que llega hasta pasar hambre por no gastar su dinero, o el del que muere por inanición porque todo lo que toca se convierte en oro como lo describe el mito del rey Midas, que el mismo Dante menciona también en su comedia, como un claro ejemplo de la insensatez.

Candela Vizcaíno, con apreciable contundencia, refiere que: *“El arte, la literatura y la mitología representan a los avaros sumidos en ambientes oscuros e invadidos por el miedo. Solos y solitarios abandonados casi a su suerte, su mundo es pequeño, asfixiante y triste. Toda su preocupación es atesorar y no dar ya que están convencidos de que una catástrofe terrible se cierne sobre ellos si hicieran algo semejante. Son los tacaños, esas personas que ahorran hasta el último céntimo y no gastan en lo necesario para sí o los que están cerca. La convivencia con ellos se hace complicada ya que siempre están barruntando algo terrible si gastan en algo que ellos no consideran imprescindible. Si la literatura está repleta de estas peculiares personalidades, tampoco se queda atrás el avaro. Este es el que ha dado un paso más hacia la infelicidad, ya que nunca estará satisfecho con lo que tiene y la avidez consumirá su vida como el sediento que nunca puede calmar la sed”*. Los avaros tienen un círculo social muy reducido y acaban por quedarse solos. Como no gastan en un café, no invitan en Navidad, no hacen regalos generosos (o simplemente no los hacen) suelen ir quedándose solos. Además el avaro y el tacaño

[Escriba aquí]

*también lo son en los dones espirituales e intelectuales. Todo su mundo acaba siendo el mismo: el del atesoramiento, la economía y el miedo. No tienen el desprendimiento de una conversación amable. Si lo hacen, es para sacarte información que puedan utilizar para sus propios fines. Su sed de ahorro les lleva a poner en riesgo su bienestar y el de los suyos. Apagarán la calefacción antes de tiempo. Quizás no compren ese medicamento necesario. Habrá quien obligará a una ducha corta con agua fría. El ambiente de la casa nunca será hogareño, acogedor, delicioso. Tendrán millones y no se gastarán un céntimo en una celebración familiar. Le gustará de esconderse en sitios oscuros y querrá tener sus tesoros al alcance donde pueda contarlos una y otra vez. Así tendrá una paz momentánea que no puede alcanzar con un espíritu desprendido que no conoce”.*⁸

En memorable producción, la televisión argentina en los años 80 exhibió un ciclo de los pecados capitales con la actriz Thelma Biral como protagonista. En el capítulo de la avaricia, frente a una enfermedad grave que auguraba mayores posibilidades de curación en los Estados Unidos, la avara familiar de la persona enferma decide no poner el dinero necesario para afrontar los gastos médicos, pasajes y estadía en el extranjero y sólo ofrece afrontar los gastos de la operación aquí en el país, lo cual obviamente era mucho más barato. Desde luego el familiar enfermo muere y todos echan en cara a la avara millonaria no haber tenido un acto de desprendimiento que en nada afectaba a su economía. Así es el avaro, egoísta y calculador, aún dentro de su entorno familiar.

Es importante destacar que en la avaricia, como en otros vicios, puede haber algunos condicionamientos psicológicos o del entorno que faciliten que una persona se vuelva avara, pero ello no libera de responsabilidad moral al sujeto que incurre en el vicio. En todo caso la responsabilidad será de mayor o menor grado según el sujeto actúe en cada ocasión con “pleno conocimiento y deliberado consentimiento” (Catecismo, canon 1857) y si bien la ignorancia involuntaria y los trastornos patológicos pueden disminuir e incluso excusar, la imputabilidad de una falta grave, no debe olvidarse que *“la ignorancia culpable y el endurecimiento del corazón no*

⁸ Vizcaíno, Candela, “El tacaño y el avaro desde la psicología” <https://www.candelavizcaino.es>)

disminuyen sino que aumentan el carácter voluntario del pecado” (catecismo canon 1859-1860)

De ello se deduce que quien está esclavizado por la avaricia, ya sea por trastornos afectivos de la infancia, como diría Freud, o por baja autoestima, por miedo al futuro, por cobardía u otras características enumeradas por los psicólogos, no sanará si sólo ensaya un abordaje terapéutico que no contemple la dimensión moral del trastorno que padece.

Los condicionamientos de la psiquis pueden tornar más dificultosa la práctica de la virtud pero no anularla. Lo mismo sucede con cualquier otro pecado y cada persona sabe donde le aprieta más el zapato y contra qué tendencias pecaminosas debe luchar más.

Desde otro punto de aproximación, cabe mencionar que la avaricia es seguramente el pecado más inútil, por un lado, porque como hemos dicho, ni siquiera produce placer en los sentidos, como la lujuria o la gula, y por otro lado porque como bien dice el dicho popular *“la mortaja no tiene bolsillos”*, o, en boca del Papa Francisco *“nunca se vio un féretro con un camión de mudanzas atrás”*, lo que pone en evidencia la inutilidad de la acumulación por la acumulación misma, puesto que *“el hombre salió desnudo del vientre de su madre y así volverá, como había venido, de su esfuerzo no saca nada que pueda llevarse consigo”*, como dice el Eclesiastés (5-14). Jesús lo ejemplifica también en la parábola del hombre rico que colmó sus graneros sin reparar que podía morir al día siguiente y que acumuló para sí pero *“no fue rico a los ojos de Dios”* (Lucas 12-16-21).

¡Quién no tiene presente la patética imagen de un ex presidente argentino abrazando extasiado una caja fuerte sólo para morir tempranamente poco tiempo después!.

Finalmente no menos aleccionadora es la experiencia traumática de los avaros del poder y menciono sólo dos casos, a título de ejemplo: Hitler sojuzgó países con un simbólico puño de hierro pero el Parkinson que lo afectaba no le permitía gobernar su propia mano. El tirano Fidel Castro sometió durante más de 50 años a su pueblo, pero durante su larga enfermedad en la vejez no podía controlar

[Escriba aquí]

sus esfínteres. Difícil imaginar una situación más humillante. El avaro paga sus culpas de modo paradójal en esta vida y en la otra sólo Dios sabe...

CONCLUSION: la avaricia es el pecado capital que se opone a la virtud de la liberalidad y admite la modalidad venial o mortal según la gravedad del objeto y el pleno conocimiento y deliberada voluntad del sujeto que obra. Consiste en un desmedido afán de poseer y es especialmente pecado espiritual por cuanto no produce placer carnal como la gula o la lujuria. Desde la remota antigüedad los pensadores se han ocupado de la avaricia, como uno de los vicios que más pervierten al hombre. La avaricia puede llevar al sujeto a extremos imponderables con grave daño para sí y para terceros, incluidos los seres queridos. Verdadera enfermedad del alma, no hay curación posible si no se dimensiona ante todo la gravedad moral de la avaricia. El contexto personal del sujeto puede, como en todo otro pecado o vicio, aminorar la culpabilidad pero no anularla. Existe la avaricia del dinero como también la del poder, muchas veces combinadas en la misma persona. El pronóstico de los avaros del poder de cara a la eternidad es de alto riesgo para la propia salvación.

Carlos José Mosso es abogado por la Universidad de Buenos Aires, doctor en ciencias jurídicas por la Universidad Católica Argentina, maestro de ceremonias por el Instituto Blanco Villalta, y músico. Fue profesor de derecho penal en la Universidad Católica Argentina, en la Universidad del Salvador, en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Católica de Salta. También se especializó en temas de bioética.

Ha publicado los siguientes libros:

- 1-Derecho moral y vida, cuestiones de nuestro tiempo
- 2-La confesionalidad del Presidente y la reforma del Estado
- 3-Problemas éticos que plantean las técnicas que actúan sobre la reproducción humana (en colaboración) por el que obtuvo el Premio Academia Nacional de Medicina en 1994.

[Escriba aquí]

4-Abuso sexual en la infancia volumen 3 (en colaboración)

5-Ilicitud moral y jurídica del aborto directamente provocado

Publicó también más de 20 artículos en las Revistas El Derecho y Gladius.

Participó como conferencista en congresos nacionales e internacionales.

cjmosso@gmail.com